

es la luz que al brillar no deja un rastro,  
pues como el viento, es frágil y ligera.

Y ha cinco lustros que en feliz momento  
al Ara te acercaste enternecido,  
y al escuchar tu tembloroso acento  
hasta tus manos descendió el Ungido.

Y al elevar la Hostia Sacrosanta  
por todos le pediste con anhelo;  
y desde entonces con segura planta  
la ruta sigues que conduce al cielo.

Armado con la Fe, firme y constante,  
en Dios puesta nomás tu confianza,  
dijisteis con valor: "Siempre adelante,  
pues me alumbra la luz de la Esperanza"

"La santa Caridad será mi guía,  
seré el sostén del huérfano y la viuda;  
y velaré por todos noche y día  
si Dios me presta protección y ayuda."

Y al tomar en tus manos el cayado  
de Pastor de las almas, bondadoso  
tu vida á tu rebaño has consagrado,  
que te ama como á un padre cariñoso.

Y aquéllos que en un tiempo de la ciencia  
de Dios, les enseñasteis los senderos,  
bendiciendo de Dios la Omnipotencia,  
un recuerdo te mandan placenteros.

Un recuerdo de amor y de ternura;  
y á Dios le piden con ferviente anhelo,  
que goces en la tierra de ventura,  
y de dichas sin fin allá en el cielo.

*José Silverio de Anda.*



AL ILMO. Y RMO. SEÑOR

OBISPO DE COLIMA, DR.

Don Atenógenes Silva.



El maestro es el sumo pontífice de la ciencia; es la palanca poderosa que empuja á las sociedades hácia el progreso; es el artista que con el cincel poderoso de su palabra modela los cerebros, borrando de ellos las asperezas de la ignorancia y esculpiéndoles los grabados preciosísimos de la ciencia; es el agente más indispensable en el actual período evolutivo de la humanidad, que es, á no dudarlo, el período eminentemente práctico de las ciencias positivas; es, en fin, el obrero más necesario en ese inmenso taller en que se viene elaborando y cumpliendo el fin providencial. Por lo mismo, el hombre que, como pocos, ha sabido llenar los delicados deberes del magisterio, merece, como ninguno, bien de sus discípulos, bien de la patria, bien de la humanidad.

*Dr. Felipe Valencia.*



## PARA EL ALBUM

DEL VENERABLE PRELADO DE COLIMA,

ILMO. SR. DR. D.

# Atenógenes Silva,



ACE veinticinco años subía por vez primera las gradas del altar, á la Virgen Mexicana consagrado, un joven sacerdote, para ofrecer á Dios la "Hostia pura, santa, inmaculada," la "Víctima de propiciación," el "Sacrificio incruento," dogma generador del Cristianismo.

En la alborada de nuestros juveniles recuerdos, se manifiesta con divina hermosura el que evocamos, haciéndonos partícipes del goce purísimo que sentía entonces el maestro cariñoso, el amigo modelo.

Iba á emprender el camino de una nueva vida; de la apoteosis escolar á la apoteosis apostólica, palabras que él no comprende más que sintetizadas en esta única: sacrificio.

En la renovación de aquel inenarrable sacrificio del Gólgota, halló su fuerza; en el holocausto al Dios "que llena su juventud de regocijo," conoció entonces, no sólo los secretos de la ciencia teológica, reina de todas, sino también la envidiable serenidad que se origina en el santo goce del deber cumplido.

¡Y qué lucha iba á sostener el nuevo sacerdote!

La más espantosa de todas; pues en la actual época, vocación heroica se requiere para la grande empresa de salvar á las almas.

En los tiempos que corren, recibir el ministerio del sacerdocio católico, es una sublime heroicidad que sólo Dios galardona, que únicamente el cielo con interés contempla.

¡Cuál se presentaría el porvenir á la clarividencia del virtuosísimo sacerdote, al levantar en sus manos no contaminadas, la Hostia redentora, milagro de ternura divina y de misericordia inefable!

¡Mas qué seguridad á la vez, en Aquel que ha vencido al mundo y de continuo lo vence, "en Aquel que reina, en Aquel que impera, en Aquel que de todo mal nos defiende!"

¡Qué amorosa y filial prenda de certísimos triunfos, en la Madre de Dios, la Virgen de Anáhuac, de cuya prodigiosa aparición constante adalid se manifiesta, porque amante es de las glorias nacionales!

¡Oh cuánto decir pudiéramos, si la modestia, reflejo del genio, si la humildad, esplendor de la virtud, no se nos impusieran para hacernos enmudecer!

Hoy ciñe las sienes del sacerdote que celebramos, ilustre mitra y empuña su mano el báculo pastoral; pero al través de esos símbolos augustos de su poderío moral, muchas lágrimas hay que nadie correr ha visto, hondos suspiros que nadie escucha.

Y con todo, conmemoramos hoy un suceso dichoso que origina esos dolores y constituye un timbre de gloria para Guadalajara, nuestro religioso pueblo.

Circunda la frente del Venerable Prelado, la más pura de las aureolas: la de la ciencia cristiana, en la cual es atleta invencible y que en la cátedra sagrada esplende.

Honra también y muy justa de la literatura patria, las celebridades de ésta estiman aquella y le señalan sede en la Academia.

Y allá, cinco lustros atrás, se descubre un punto luminoso que va creciendo, creciendo, hasta convertirse en luminosa estela.

Por el sacrificio, el hombre es grande, por el dolor se glorifica, por ellos perpetúa su nombre.

El recuerdo de aquel otro sacrificio, el Divino del Altar, nos da la clave de tantas glorias, y nos hace justamente regocijarnos.

Sacerdote modelado en el Corazón de Jesús, Prelado insigne, aceptad los homenajes que la amistad reconocida y la generación de discípulos, que en serlo vuestros nos honramos, os ofrecen. Recibidlos, siquier no estén á la altura de nuestro afecto, pero sí á la de vuestra ingente bondad.

Rogad por nosotros á la Guadalupeana Virgen, y seamos partícipes de las bendiciones que Dios derrama de continuo sobre vuestro feliz apostolado.

*Ignacio González Hernández.*





AL ILMO. SR. OBISPO

DE COLIMA, DR.

Don Atenógenes Silva.



Esa, la hermosa caridad que tiene  
Fijos los ojos en la luz del cielo,  
De donde al hombre mísero le viene  
En todas sus desgracias el consuelo;

Esa, sí, la más pródiga y fecunda,  
La que en amor universal se inflama  
Y en el reino del hombre el reino funda  
De Dios, que á todas sus criaturas ama;

La que cuida de espíritu y materia  
Remediando con celo y con constancia  
Las pobreza del cuerpo—en la miseria,  
Las pobreza del alma—en la ignorancia;

La hermosa caridad de Jesucristo  
Que consuela, que alivia, que redime  
Y que oficiar el hombre nunca ha visto  
Más que en su excelsa religión sublime:

Esa la caridad es que practica  
El augusto Prelado tan querido;

La que todas sus obras santifica,  
La que ha de libertarle del olvido.

\*\*

No salgas ¡oh Pastor! del verdadero  
Campo de la virtud en que hoy caminas.  
No te arredre lo ingrato del sendero:  
¡Siempre al cielo se va pisando espinas!

Eres bueno, eres sabio, eres prudente.  
Santas serán tu obra y tu palabra  
Si alcanzas que el buen Dios, justo y clemente,  
Al fin el cielo á tu rebaño le abra.

Lic. José P. Padilla.

